

SOPA DE LIBROS

Jean-Paul Nozière

# La canción de Hannah

Ilustraciones  
de Jacques  
Ferrandez



ANAYA





1

AGOSTO DE 1940

El mediodía, especialmente tranquilo, parecía interminable. El repentino calor alargaba la siesta de los clientes habituales del Café de los Amigos; eran pensionistas modestos o gente sin trabajo. Solo una de las mesas de mármol estaba ocupada por cuatro jugadores de cartas somnolientos.

9

La patrona, Jeanne Beaujour, pasaba las horas muertas limpiando la vajilla. Lustraba los vasos de los aperitivos tres veces al día, pues vivía obsesionada con las huellas sospechosas. Si los clientes no llegaban, su trabajo no serviría de nada: el bar estaba ordenado de manera impecable y hacía una hora que los jugadores de cartas bebían a sorbitos la misma cerveza insípida, como si beber fuera un esfuerzo demasiado grande.

—Loulou, ¿has barrido debajo de las banquetas?

El niño escondió rápidamente su tebeo bajo una pila de periódicos viejos.

—Sí, señora Beaujour.

—¿Los vasos?

—Los lavé con vinagre hace un rato.

La patrona del Café de los Amigos suspiró. Su voluminoso pecho infló la blusa de algodón rosa.

—¡Deja de usar ese estúpido nombre de Beaujour! Llámame señora Jeanne, como todo el mundo. Vete a casa, es todo por hoy. ¡Qué tiempos! Ya la gente ni juega a las cartas...

—No tengo ganas, señora. En casa me aburro.

—¿Nunca ayudas a tus padres? Dime, ¿en qué trabajas tu padre?

Louis no quería hablar de su familia. En realidad, la patrona no se interesaba por su vida, simplemente preguntaba por cortesía. Desvió la conversación.

—El señor Jean tiene que traer una garrafa de vino, lo echaré en botellas y...

—¡El vino! ¿Lo estará fabricando? ¡Hace dos horas que se fue!

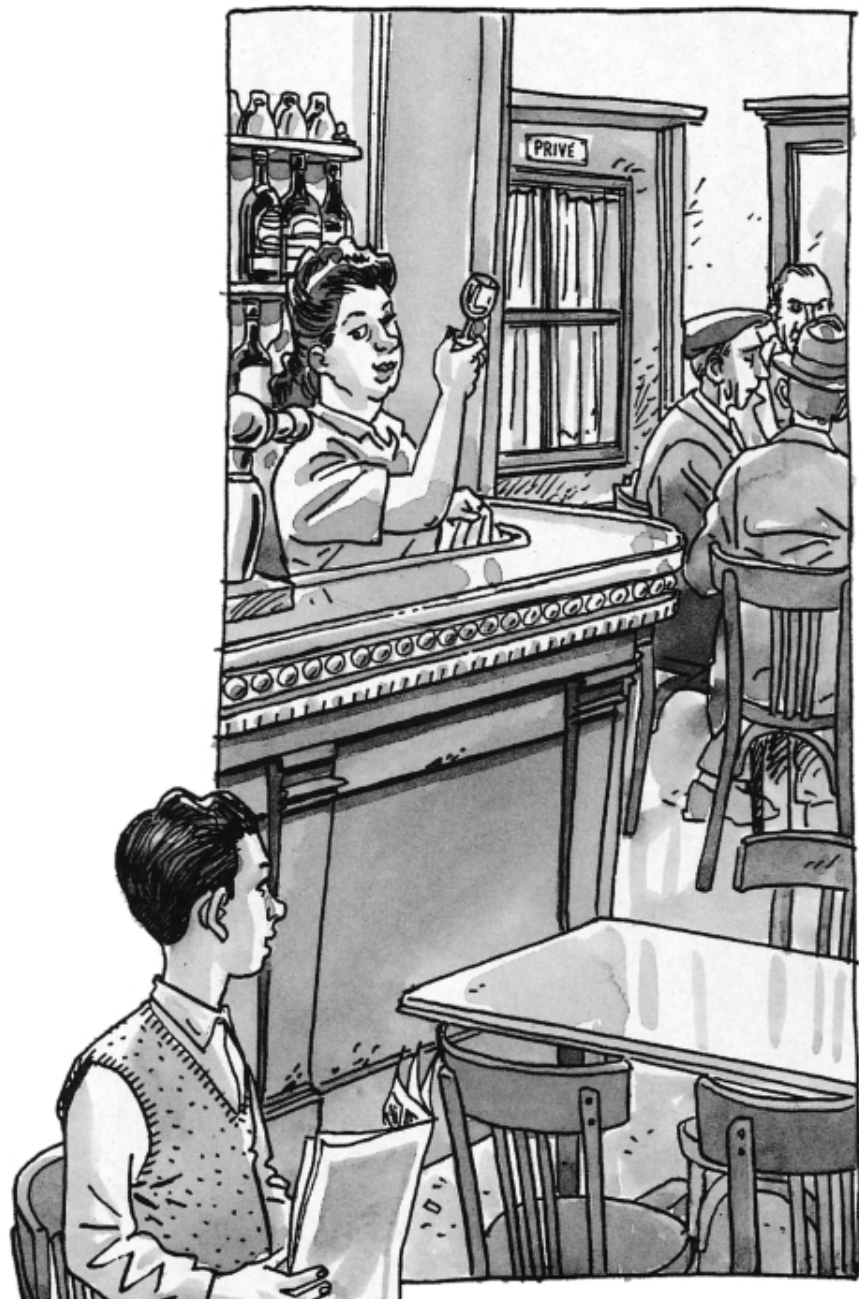
A través de un rayo de sol, la señora Jeanne miró con detalle un vaso que entre sus manos, de dedos amorcillados y ensortijados con falsas piedras preciosas, parecía frágil a pesar de estar hecho de un material basto. Una sonrisa satisfecha iluminó su rostro.

—Me gustaría ordenar la cueva. Las cajas vacías impiden el paso, y el señor Jean podría herirse —dijo Louis, al notar el buen humor de la señora Jeanne.

—¡Ah! ¡Es verdad, mi marido detesta meterse ahí abajo! Prefiere vagabundear con sus amigos.

—Hay trabajo para una hora, por lo menos.

Louis examinó a la patrona con aire indiferente. El silencio que siguió fue tan claro como una recla-



mación. Jeanne Beaujour soltó una risa cristalina, francamente ridícula para pertenecer a una mujer tan vigorosa.

—¡Para ser un muchacho de diez años, te desenvuelves bien! De acuerdo, ordena esa maldita cueva y, si me gusta como queda, te daré... veamos... ¿diez monedas?

Louis recuperó su tebeo, pues su intención era ordenar la cueva rápidamente y continuar tranquilamente su lectura bajo la luz de la lámpara. Además, huir de la desierta sala del café, bañada por un calor húmedo, era como una bendición. Cuando volviera, los clientes ya estarían en sus sitios.

Louis levantó la trampilla que disimulaba la escalera de madera detrás del mostrador. Al pisar el primer escalón, un soldado alemán empujó la puerta del Café de los Amigos, y Louis se arrepintió enseguida de su propuesta: todavía estaba poco acostumbrado a los alemanes, que se estaban instalando progresivamente en la ciudad, y le encantaba observarles. Le divertía su francés tan dubitativo, y su marcado acento, le hacía reír.

Pero su interés por los alemanes también venía de una alocada idea: Louis Podski quería un par de botas negras y brillantes como las que enfundaban las piernas de los oficiales.

Los alemanes habían instalado la *Kommandantur*<sup>1</sup> en el Hotel Palace. (¿Cómo ignorar la inmensa ban-

---

<sup>1</sup> *Kommandantur*: local donde se encontraba instalado el comando militar alemán.

dera de cruces gamadas, cuyas secas sacudidas hacían de recordatorio permanente?). Y, sin embargo, Louis apenas percibía los rápidos cambios que se habían producido en su pequeña ciudad. No le inquietaba ni la guerra perdida, ni la incipiente ocupación. Su vida se dividía entre el barrio minero, donde pasaba el menor tiempo posible, y el centro de la ciudad, más atractivo por sus tiendas, sus paseantes y sus edificios coquetos. Un kilómetro separaba la casa de la ciudad, distancia que él no dudaba en recorrer varias veces al día, a pesar de que la escuela limitaba su libertad.

En el barrio minero, prácticamente, solo había polacos y, en las barracas vecinas, algunos rusos, pobres pero orgullosos, a pesar de haber abandonado su país. Las casas idénticas, construidas con piedra negra, se alineaban a cada lado de una calle rectilínea y sin asfaltar. El parecido se notaba hasta en los pequeños detalles, pues a los mineros les estaba prohibido elegir el color de las contraventanas —uniformemente verdes—, o plantar un arbusto que no estuviera homologado por la Dirección de las Carboneras.

Louis odiaba jugar en el lodo del barrio; odiaba, también, a los *polak*<sup>2</sup> que chapurreaban frases sin ton ni son, mezclando el polaco con mal francés. Después de los últimos diez centímetros que había crecido y que le hacían parecer mayor, a nadie se le

---

<sup>2</sup> *Polak*: nombre que se usaba despectivamente para nombrar a los polacos (nota de la traductora).

ocurría tratarle de *polak*. Además, sus piernas robustas, que fortalecía gracias a sus incesantes paseos, le hacían sentir más vigoroso.

En la escuela, el maestro pronunciaba con disgusto la palabra polaco y, en ese caso, evitaba cruzarse con la mirada penetrante de Louis.

Un día, Louis preguntó a su padre:

—Como vivimos en Francia, no somos polacos, ¿verdad?

Al principio, Abraham Podski no contestó; más tarde, después de un interminable silencio, acentuó las palabras como si la curiosidad de su hijo le irritara:

—Tú has nacido aquí. Eres francés y te llamas Louis. Tu madre y yo... yo soy minero del carbón, tu madre es la mujer de un minero de Polonia... Polonia...

Una sonrisa se frustró en sus labios mientras su mano exploraba el aire.

—Nunca hables de Polonia. El pasado está muerto, solo cuenta el futuro. Solo tu futuro cuenta.

De esta manera, Louis construía su vida, lejos del barrio minero y de sus vecinos. Algunos meses antes, durante uno de sus vagabundeos, que cada vez le llevaban más lejos, se decidió a entrar en el Café de los Amigos. Nadie pareció inquietarse por la presencia de un muchacho joven en un lugar como aquel. Louis estuvo escuchando y mirando a los jugadores de cartas durante horas. Al día siguiente y en días sucesivos, regresó; de tal manera que, casi sin darse cuenta, el Café de los Amigos se convirtió

en su segunda familia. Conocía a todo el mundo y todo el mundo parecía conocerlo. Hacía pequeños trabajos, bien pagados, y, sobre todo, escuchaba las conversaciones de los adultos. Aprendía un montón de cosas, verdaderas o falsas, con las que soñaba durante la noche.

Durante meses, el tema preferido de los clientes del Café de los Amigos había sido la guerra. Desde hacía poco, con el rostro receloso, evocaban la derrota. Ignoraban el apellido de Louis, al que llamaban a menudo Loulou, y la señora Jeanne y el señor Jean estaban convencidos de que el muchacho vivía en el barrio.

Louis Podski dividía su tiempo entre dos universos muy diferentes, distantes un kilómetro. Y, sin embargo, tanto en el barrio minero como en el Café de los Amigos, Louis era más una sombra que un chico con quien compartir los pensamientos.